

EL INTELLECTUAL Y EL PODER

Hemos visto cómo la progresiva independencia del escritor se produce en el paso de los siglos XVIII al XIX, por la aparición de las profesiones liberales —que desgajan al intelectual del yugo real o aristocrático y por la creciente presencia de la Prensa que gira en torno de las ideas del periodista.

¿Qué hace ante este cambio socio-cultural el Poder? En primer lugar, iniciar una política de halago al escritor. La fundación de la Real Academia Española es, en efecto, un intento —imitado de la política del Rey Sol de Francia— de vincular el intelectual al Estado. Los documentos fundacionales de Felipe V son inequívocos en cuanto a la intención regia de ennoblecere a los académicos, asignándoles las prerrogativas —y entre ellas el uniforme— de los personajes palatinos. La política de integración de cuanto es válido en el país, a la Corona que tiene todavía hoy su más viva expresión en la Mo-

narquía inglesa permite asegurar la adhesión al Poder, o por lo menos, la evitación de una oposición a rajatabla, de un senado intelectual muy selecto (Digamos también que la Academia ha sido —y sigue siendo hoy— una escuela de respeto y de tolerancia, de acogimiento de ideologías muy dispares).

La segunda acción del Poder frente al mencionado crecimiento de la presencia intelectual ha sido de vigilancia. Se denomina, con distintas locuciones equivalentes, censura. Explicar los avatares de esta actitud sería trazar dos siglos de historia de la cultura española... y europea.

El intelectual asume, en un gran sentido, la actitud de la rebelión personal. En el diálogo inmortal entre Antígona y Creonte se otorga el papel «simpático» del que se enfrenta con la ley, poniendo en aprieto la tarea grave de quien se carga con la pesada responsabilidad de agarrar y sostener

el timón de la nave, la gobernación del Estado. Sabe —la historia del siglo XIX lo atestigua— que un artículo incisivo o acusatorio puede crear una crisis de Gobierno, la caída de un régimen. En España, la misión de Antígona le ha asumido a la intelectualidad liberal. Pero en 1870 y en 1931 —primera y segunda República— le tocó hacerse cargo del papel de Creonte. Si en la ocasión inicial, los Pi y Margall y los Castelar demostraron sus posibilidades doctrinarias por encima de los ejecutivos, en la segunda etapa de prueba, la «Agrupación al Servicio de la República» (Ortega, Marañón, Pérez Ayala) demostró, autodisvolviéndose en 20 de octubre de 1932, que el plano del ejercicio del Poder no les era grato. Cada uno de estos dirigentes, en efecto, obró por su cuenta: Ortega, con su «rectificación de la República» («no es esto, no es esto»); Marañón siendo una voz muda en

las Cortes. Marino Gómez Santos, en su excelente libro «Vida de Gregorio Marañón», recoge una opinión al respecto: «Creo —dice— que una autoridad conquistada en un sector no político, grande o pequeño, debe estar al servicio de la Patria «apolíticamente», como se dice por los cucos; la he servido poniendo esa autoridad, insignificante, en el platillo de lo que he creído políticamente justo». Esta política de presencia es la que, a lo sumo, cortó en la actividad de Ortega en estos años y no digamos la de Unamuno, que con su pretensión más estentórea de intervenir, tampoco fue utilizado en el tinglado de los que manejaban las marionetas del Poder.

La misión del intelectual ante el Poder es, a mi juicio, no una intervención activa porque temperamentalmente nada hay más distinto que la meditación y la acción. «Quien llamó hermanas a las armas y las letras

—decía Quevedo—, poco sabía de sus abalorios, pues no hay linajes más diferentes que hacer y decir». La misión del intelectual es la de ofrecer una normativa de conducta, de la que se deriva un ejemplo. Es una presencia ejemplar que vale por sí misma. Pondré un ejemplo significativo: cuando terminada la guerra civil Menéndez Pidal, Marañón, Ortega Baroja o Azorín regresaron, no hicieron política. Se limitaron a poner, con su tranquila tarea reanudada, un signo de continuidad, de «normalidad» en la vida española, convulsa todavía de gestos paroxísticos. Su labor impertérrita sirvió para preparar otros regresos. Sirvió, finalmente, para ir abriendo paso a la conciencia de una necesidad: la de una convivencia —bajo el signo de la cultura— de todos los españoles.

(Pyresa)

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
(De la Real Academia Española)